

## **EDUCACIÓN CIUDADANA, DESAFIO SOCIAL**

Palabras del Ministro de Educación Nacional, Francisco José Lloreda Mera,  
Encuentro Internacional de Educación Ciudadana  
Bogotá, Octubre 18 de 2001

La violencia ha sido eterna compañera de la humanidad; la historia antigua y contemporánea no han sido inmunes al sino de la guerra: la muerte de unos a manos de otros ha sido una constante. Tuvieron que darse dos enfrentamientos de la mayor escala el siglo pasado para que la comunidad de naciones tomara conciencia de la necesidad de crear condiciones para asegurar la paz mundial. Ello desató quien lo creyera una aterradora carrera armamentista, que contagió a países altamente volátiles en lo político, y acrecentó heridas cuando uno de los propósitos era sanarlas.

La mayoría de las naciones se prepararon para confrontaciones regulares, mientras en pocos países, como el nuestro, se libraban luchas intestinales. Lo que no imaginaron nunca los países desarrollados, muchos de los que fueron condescendientes desde lo lejos con el terrorismo ajeno, era que este tocaría a su puerta. Eso ocurre con el magnicidio del 11 de septiembre y la diseminación de bacterias mortales: una nueva forma de violencia, la más cobarde de todas, que ataca por la espalda y no de frente. Un capítulo más en la historia de la humanidad, vergonzoso, y que amenaza con someterla.

Es probable que el mundo no estaría tan convulsionado si hubiese ocurrido en un país pobre. Para no ir más lejos, en Colombia se desploman cinco Torres Gemelas al año. Nos acostumbramos a amanecer y a anochecer con la muerte: lo que pasa aquí es aterrador; el dolor no halla límite, es parte de la rutina nacional. La longevidad del conflicto termina justificando hechos macabros, aunque el tipo de violencia, sus móviles y medios cambien. Era necesario que otros países llamasen a los terroristas colombianos terroristas para empezar a reconocer que sí lo son. Para ver desnudo al emperador.

Engendramos una anticultura, donde el individualismo y la intolerancia han terminado por desbordar el sentido de lo colectivo y el respeto a los demás. Ciudadanos transgresores por principio, que todo lo justifican. En nombre de la democracia estamos acabando con la democracia, en nombre de la participación ciudadana estamos acabando con la participación ciudadana: "La democracia y la participación, si responde a mis intereses", pareciera ser la consigna patria. Es la sustitución del contrato social por el capricho individual: la muerte a golpes de lo que resta de institucionalidad.

En medio del fuego cruzado está la educación: víctima y victimaria. El sector se desenvuelve en medio de una aguda anormalidad. Si no son los atentados con pipetas de gas a las escuelas, es el asesinato de docentes. Familias amenazadas que no ven opción diferente a huir; niños y jóvenes desarraigados de sus lugares de origen, que pasan a engrosar las filas de los desplazados. Un "aprendizaje" a la brava y descontextualizado, cargado de emociones e ideas encontradas. Esa es la "formación ciudadana" a la que hoy día están expuestos millones de colombianos.

¿Acaso el terrorismo que por estos días amenaza al mundo y que de tiempo atrás pulveriza al país, no tiene que ver con la educación? ¿Si coincidimos en que el fin último de un sistema educativo es formar ciudadanos, será que lo estamos logrando? ¿O será que estamos 'deformando' ciudadanos? ¿De qué tipo de ciudadanos estamos hablando? ¿Qué se requiere para formar un ciudadano? ¿Existe una "receta" universal? ¿Cuál es la responsabilidad del maestro, la escuela, la familia, y la sociedad en ese propósito? ¿Cuál la del Estado? ¿Cómo lograr que la educación sea factor de vida y no de muerte?

Debemos revisar el tipo de educación que se está ofreciendo. No solo en Colombia, sino en otras naciones. No sólo para asegurarle a más personas estudio, sino para que sea de calidad. A esa tarea se ha consagrado sin descanso el actual Gobierno. En básica y media le apostamos a fortalecer las Escuelas Normales Superiores, a establecer estándares curriculares para matemáticas, ciencias y lenguaje, a dotar de nuevas tecnologías al 60% de los colegios públicos, y presentamos al Congreso una reforma estructural del sistema, que apunta a poner orden en la educación pública.

Las deficiencias educativas son preocupantes. Basta apreciar el desempeño de los estudiantes en las pruebas nacionales e internacionales, para concluir que es un problema sistémico, no puntual. No es simple coincidencia que el bajo nivel en conocimientos de educación cívica vaya ligado a un resultado pobre en lenguaje. Ello refleja un problema en el aprendizaje, sin duda, pero también en la enseñanza. Nos consuela saber que en el caso de Chile y Colombia, por ejemplo, los estudiantes evaluados sobresalen en actitudes hacia la democracia; dato interesante e incluso esperanzador, no lo niego, pero inocuo y riesgoso, si no sabemos qué hacer con él.

La predisposición de los jóvenes colombianos hacia lo público sorprende por la indiferencia que con frecuencia expresan y registran los medios. Una luz en medio de la oscuridad, que nos obliga a actuar: sobre las falencias en el aula y fuera de ella. Debemos ayudarle al maestro a formar ciudadanos, debemos propiciar ambientes de estudio en las escuelas y en los hogares. Romper de una vez por toda la "cadena de disculpas" que ata a Colombia. Nos encanta introducirle palos a las ruedas de la carreta y no removerlos. Una tara cultural, dirán unos; falta de compromiso con el país, digo yo.

De ahí la importancia del Encuentro Internacional de Educación Cívica, organizado por el Convenio Andrés Bello, por la Organización de Estados Iberoamericanos, el Consejo Británico y el Ministerio de Educación. Una oportunidad para ahondar en los resultados del II Estudio Internacional de Cívica; momento para intercambiar reflexiones con reconocidos expertos. En el caso colombiano, será la ocasión propicia para analizar los avances en la elaboración de los lineamientos y estándares curriculares que integren la educación cívica y ciudadana a la formación en ciencias sociales.

No es fácil definir lineamientos y estándares para una asignatura como las ciencias sociales. Para empezar, es natural que existan sesgos académicos. Historiadores, geógrafos, sociólogos, politólogos, y teólogos, querrán que su disciplina sea el eje articulador: intente convencerlos de lo contrario. Además

de lo complejo, por no decir imposible, que es abordar estos temas sin acentos ideológicos. No obstante a veces y en aras de la objetividad, se priva al estudiante de contenidos valiosos en la formación de su sentido crítico; también existen contraseñas ideológicas soterradas en otro sentido.

Nuestro propósito es proporcionarle al mundo mejores ciudadanos. ¿Cómo ponernos de acuerdo en lo que ello significa? ¿Cómo formar personas con pensamiento crítico y autónomo, en un marco institucional? ¿Será posible? ¿Es contradictorio o políticamente discutible? ¿Cómo formar colombianos respetuosos de la ley, de la vida y de los demás, dispuestos a participar de las decisiones públicas, comprometidas con el fortalecimiento y defensa de la democracia? ¿Cómo formar ciudadanos que sin consentir con los errores y la corrupción, crean en las instituciones sociales, económicas y políticas?

Educar para la tolerancia empieza por educar en el respeto a la ley. Colombia jamás será un país viable si no aceptamos unas reglas mínimas del juego. El problema de los colombianos es que cada cual anda con su propio código de normas bajo el brazo y cree a ciencia cierta que ella prima sobre la constitución. Olvidamos que vivir en sociedad implica límites, restricciones a la libertad, empezando por la observancia de los semáforos. Somos expertos en desconocer o torcerle el cuello a la ley, en acomodarla a nuestros designios. Lo más parecido a una pseudoanarquía por consenso.

Las reformas estructurales que impulsamos y los mejoramientos puntuales a favor de una mayor cobertura y calidad en la educación, contribuirán sin duda a mejorar nuestro sistema educativo. Pero no serán suficientes si no van acompañadas de un cambio de actitud por parte de los colombianos. En especial, de la comunidad educativa: estudiantes, maestros, rectores, padres y madres de familia. La educación cívica está llamada a articular a todos los actores del proceso educativo alrededor de una misma causa. A formar un nuevo ciudadano crítico, pero amante como pocos del país.

La educación en el mundo entero quedó en el banquillo. Más en nuestro país donde la muerte y el dolor se pasean por campos y ciudades de tiempo atrás. Fácil sería pensar que la intolerancia, el individualismo, la violación a la ley, que corren al mundo, son conductas y hechos aislados; admite esa lectura, no lo dudo, pero también refleja una crisis profunda en nuestras sociedades, una desinstitucionalización global, que nos lleva a reflexionar sobre el resultado del proceso educativo. De nosotros depende sin embargo darle la espalda a esa realidad triste o encararla con firmeza.

Mi invitación es a lo segundo: a trabajar por una sociedad en la que todos quepamos. Un Estado Social de Derecho, acatado y respetado por todos. Donde la educación cumpla de verdad su propósito de formar ciudadanos. Por dos razones: no podemos desatender el llamado insistente de nuestro país, ni ser inferiores al desafío histórico que nos impone la humanidad.

MUCHAS GRACIAS.